

ENSAYO



*...llegar con la mano a esa capa finísima, casi incolora
ya del aire, donde están las ideas inéditas.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

LA NOVELA

El hombre es por su naturaleza inclinado a lo maravilloso. Todo lo que está fuera del alcance de sus sentidos es objeto continuo de su actividad. En su insaciable ambición, en su deseo infinito de adivinar los misterios que por todas partes le rodean, busca en su imaginación la solución de cada enigma, y aspira a alcanzar en la tierra el ideal que ha forjado en su mente.

Hay hombres tan superiormente dotados, de quienes puede decirse que han vivido siempre con la vida del espíritu, siendo su existencia un perpetuo sueño, una no interrumpida ilusión. En alas de su fantasía se han remontado a otras regiones, revistiendo de formas maravillosas el mísero barro humano, y dotando con frecuencia al alma de cualidades imposibles.

El don divino de crear de que el hombre sólo está dotado, le coloca a una distancia inmensa en la escala de los seres organizados.

Concebir una idea y exteriorizarla con la palabra hablada o escrita, relacionar ésta con otras ideas y transmitir las todas al porvenir con signos convencionales reproducidos hasta el infinito, es la señal más evidente de su superioridad moral y de la cualidad de su maravilloso organismo.

Cualquiera diría que el alma, presa en las redes de la materia, se afana por revelar de ese modo su existencia, y por emanciparse de los brutales instintos de su envoltura, rompiendo los lazos que la sujetan a este mundo inferior.

El genio es pues la más alta revelación del espíritu; es fuego divino que brilla en la frente de aquellos que se hallan más avanzados en el camino de la perfección, pero cuando el genio quiere dejar una huella más intensa en la

historia de la humanidad, entonces reviste la forma de la poesía.

Esos grandes visionarios, locos para unos, sublimes para otros, son los grandes maestros de la humanidad, los reveladores del sentimiento, los misteriosos músicos del alma.

La poesía es, pues, el lenguaje de los cielos, y al hablar a los pueblos esa voz del corazón, que hace vibrar armoniosamente las ocultas cuerdas de esa arpa más o menos sonora que cada uno de nosotros lleva en sí, comunica a todos el febril entusiasmo que es al espíritu lo que la vibración magnética al cuerpo.

Ahora bien: siempre que la poesía quiere embriagar con su perfume a todo un pueblo toma la forma de la epopeya, de la leyenda o de la novela y se engalana con los ricos atavios de la imaginación.

La novela es, a no dudarlo, una de las hijas predilectas del poeta, y por eso todos los grandes poetas han sido siempre más o menos soñadores, esto es: más o menos novelistas.

En efecto: ¿qué es la novela? ¿qué lugar ocupa en el campo de la literatura? La novela es la historia eternamente nueva del corazón humano, el reflejo de nuestros infortunios o de nuestras alegrías, el eco tal vez de la vida ultraterrena.

Cuando el bagaje de los recuerdos de un pueblo es grande, y hay temor de perderlo entre las brumosas sendas del pasado, aparece un poeta que se encarga de recogerlos en su mente y de fijarlos en prosa o en versos armoniosos, para lanzarlos luego al porvenir, comunicándoles con su genio el don de la inmortalidad. Esos recuerdos, condensados de ese modo, se llaman luego, *La Iliada*, *La Divina Comedia*, el *Fausto*, y aparecen como faros gigantes cos cuya inmensa irradiación señala nuevos horizontes al progreso humano.

Las grandes epopeyas india, china y persa ¿qué son sino interminables novelas filosófico-religiosas? Los magníficos poemas griegos, romanos y escandinavos ¿qué son sino armoniosas novelas histórico-heroicas?

Cuando el Renacimiento asomó su cabeza por entre el caos escolástico de la Edad Media ¿cuáles fueron los pri-

meros ensayos de la inteligencia? Las leyendas maravillosas de los santos y los libros de Caballería: Reflejo aquellas de las inocentes creencias del pueblo, recuerdos éstos de las costumbres feudales.

Al empuñar Dante, Tasso y Ariosto el arpa olvidada de la poesía ¿qué cantaron? La novela de la filosofía en la *Divina Comedia*, la novela de la fe en la *Jerusalén*, la novela del amor en el *Orlando*.

Al formarse el lenguaje en España ¿cuál fue su primer balbuceo? Un cántico heroico al héroe de la Reconquista, al Cid de imperecedera memoria; y cuando luego creció fuerte y robusto ese mismo lenguaje, como lazo de unión que había de ser entre dos mundos ¿cuáles fueron también sus ensayos más felices? La *Celestina*, espejo fiel de las costumbres del siglo XV, la *Araucana*, canto épico de hazañas increíbles, y el *Quijote*, gigante a cuya altura no alcanzará nunca otro poeta.

Pero llegó el día en que un hombre, inspirado por el mismo Dios, repitió el milagro de la reproducción de los panes, sólo que ahora no era el pan del cuerpo el que se multiplicaba, sino el pan del alma, la palabra escrita, el pensamiento, la idea.

El progreso no era posible sin la multiplicación del libro y, así, cuando éste fue lanzado en todas direcciones por el maravilloso invento de Maguncia, la superficie intelectual del globo aumentó en extensión y densidad, y ya no le fue posible a la ignorancia continuar su funesto imperio sobre la inteligencia. La sombra retrocedió ante la luz, el error tembló ante la verdad, la fe vaciló ante la razón.

Ya le fue fácil al pobre escalar con seguridad las alturas de la ciencia y hablar a cada instante con los ilustres pensadores de todos los siglos y de todas las naciones, ensanchar el círculo de su horizonte intelectual, aumentar el universo de sus ideas y agregar a las antiguas, otras nuevas.

El libro dejó de ser privilegio de unos pocos, emancipóse al fin y corrió libremente de mano en mano, convidando a todos con el fruto del árbol que habían tantas veces prohibido los reyes y los sacerdotes, e invitando a

todos al combate, a la lucha y a la discusión, piedra de toque de toda verdad.

Ensanchados de ese modo los dominios de la inteligencia, la literatura principió a cultivarse con nuevo afán en todas partes, y la novela surgió como principal alimento de la curiosidad popular, sirviendo poderosamente a la enseñanza y contribuyendo a difundir la afición a la lectura en aquellas clases más refractarias a toda ilustración.

Así fue como desde el siglo XVII el ilustre Fenelón vació en su Telémaco las máximas de un gobierno muy diferente del que entonces regía a Francia y conseguía que su libro fuese leído en toda Europa.

Voltaire, luego, en el siglo siguiente, utilizó esa arma poderosa para propagar sus doctrinas filosóficas que habían de minar los cimientos del viejo mundo y en su *Cándido* y su *Micromegas*, y en su *Henriada* y la *Doncella de Orleans* batió en brechas las creencias de pasado siglos.

Rousseau al mismo tiempo con su *Emilio* y su *Nueva Eloisa*, y luego d'Alembert, Diderot, Desmoulins y cien otros prepararon con sus obras de fantasía la era revolucionaria que había de ser la aurora de la libertad futura.

La novela sentimental o de costumbres se cultivaba entretanto con gran éxito en Inglaterra y Alemania y contribuían a sostener el culto del hogar doméstico, que es la base de la familia y de la sociedad.

Pero llegó este siglo y después de la conclusión de la guerra del Imperio, la Europa intelectual, deseosa de ganar el tiempo perdido, se lanza hacia todos los ramos del saber, y de sus numerosas investigaciones aparecen nuevas ciencias que brotan poderosas del árbol del libre pensar. Estas ciencias, al ocupar la atención de los sabios, revelan principios desconocidos, fecundos en maravillosas deducciones.

La química, la paleontología, la geología, abren a la vista atónita horizontes sin límites, y a su sombra la filosofía, la metafísica, la historia y la literatura se modifican, se amplían, toman nuevas formas, y dejando la vestidura estrecha, que ya no se amolda a sus robustas formas, toma otra más ancha y desahogada y, rompiendo con lo pasado, prepara para el siglo XX los elementos de una nueva y más perfecta organización.

En este siglo, pues, es donde la novela ha ejercido la más ilimitada influencia, difundiendo sobre los pueblos, bajo las seductoras formas de la poesía, los problemas más abstractos de las ciencias.

La novela histórica, dando a conocer hechos olvidados, detalles íntimos y desconocidos, recordando hechos y fechas importantes, se elevó a una altura inmensa con Walter Scott, y hoy sigue triunfante su camino en Alemania, Inglaterra y Francia, popularizando las biografías de todos los hombres eminentes de los pasados tiempos.

La novela científica, nuevo género que adivinó en el siglo XVII Cyrano de Bergerac y que hoy ha tomado un desarrollo provechoso, tiene sus principales representantes en el genio fecundo de Verne y Flammarion.

La novela, por decirlo así, descriptiva, nos pone de manifiesto países poco conocidos y nos divierte con la descripción verdadera de regiones apartadas, sin olvidar su historia, su fauna, su flora y hasta sus riquezas minerales (1).

La novela de costumbres, la más importante de todas, es la que trata de fotografiar la sociedad actual con sus vicios y virtudes, sus aspiraciones y sus luchas, haciendo odioso el vicio y necesaria la virtud para la perfección y felicidad de los hombres.

Este ejemplo de novela, salvo ligeras excepciones, retrata hoy con colores acentuados el genio y tendencias de cada nación.

En Francia es ligera, inconsecuente, inmoral. En vez de condenar el vicio le cubre de sedas y brocados y busca disculpas a las faltas más graves y trascendentales del hombre y la mujer. Retrato fiel de aquella sociedad, es escéptica y burlona con Balzac, ampulosa y pedante con Sue, complaciente y acomodaticia con Dumas, insípida y descolorida con Tebal y Soulié, torpe con Paul de Kock

(1) La novela política y religiosa nos pone de relieve los opuestos principios de los bandos y sectas opuestas que aspiran al triunfo definitivo de sus doctrinas y, haciendo jugar los resortes de la fábula, pintan los vicios de la escuela que combaten, procurando personificarlos con los tipos que abundantemente ofrece el continuo oleaje de los tiempos.

Dumas, hijo, eminentemente realista y cínica con Zola.

En cambio rescatan estas faltas Jorge Sand con su inimitable prosa y su simpático talento, Lamartine con su poético lenguaje eco de su alma de sensitivo, y Victor Hugo profeta inspirado del porvenir.

En Italia, en Alemania, en los Estados Unidos, no reviste la novela de costumbres un color general, por lo mismo que son aquellas naciones agrupaciones de diferentes pueblos que refleja cada uno una fisonomía especial. Allí, sin embargo, se procura hacerla servir a la perfección del hombre, condenando el vicio bajo todas sus formas.

En España, la novela está por crear. Después del titánico esfuerzo que produjo el Quijote, el genio nacional parece dormir indiferente sin asociarse al movimiento civilizador del siglo. Lo que hoy se conoce en España con el nombre de novela, no merece ciertamente ese nombre.

Algunos ensayos, sin embargo, más felices, como los intentados por Alarcón, Castro y Serrano y nuestro aventajado canario Pérez Galdós, dejan entrever la aurora de mejores días, pero de esto a poseer una literatura propia, rica y original hay todavía una distancia inmensa.

Es verdad que en España falta aún público que lea, y no es la literatura una carrera que pueda proporcionar gloria, riqueza y honores a los talentos que a ella se consagran.

En general aquellas novelas donde más se perturba a la moral y donde aparecen figuras más patibularias y sucesos más increíbles, son las que obtienen más éxito y encuentran mayor número de lectores. El romance popular se codea aún con la novela y a veces se confunde con ella.

Hay entretanto una nación donde este género de literatura se halla a una altura colosal, donde talentos de primer orden abandonan las más altas regiones de la filosofía y los cuidados de la gobernación del Estado para vaciar en una fábula las ideas más elevadas en el orden moral, religioso, político y social, para popularizar las teorías de los sistemas que profesan y para conservar encendido el fuego santo del hogar y de las virtudes públi-

cas y privadas que constituyen los buenos ciudadanos.

Esa nación que cuenta modelos en todos los ramos del saber humano es la nación inglesa.

La patria de Shakespeare, de Byron y de Scott, posee hoy, a nuestro humilde juicio, los primeros novelistas del mundo. Nada hay comparable a la fina y mordaz crítica de Thackeray, a la elevada dignidad y pureza de formas de Bulwer y al estilo, plan, moralidad e intención profunda del inimitable Dickens.

Cuando se acaba de leer una de las obras de estos eminentes escritores, especialmente las del último, parece que el alma se dilata y purifica, se encuentra uno en un estado de beatitud que le hace olvidar las miserias del mundo donde vive, y por mucho tiempo nos parece imposible cometer ni pensar una mala acción; tal es el influjo omnipotente que ejerce el poeta en el ánimo del lector. Obras como esas forman en la clase que las lee una atmósfera de pureza y de aspiración a la perfectibilidad que constituyen una de las fuerzas morales más poderosas de la nación en que se desarrollan.

Dickens, inexorable con todos los vicios, los azota con el látigo de su noble crítica, y los ridiculiza sin compasión donde quiera que los encuentra; simpatizando con todos los desheredados, los moraliza, eleva y consuela vertiendo en su alma palabras de esperanza y amor; comprendiendo que la base de toda moralidad estriba en la familia, hace de ella un santuario inviolable; los tipos de esposa, hija y madre en sus novelas son modelos acabados de castidad virginal; cuando habla de los niños hace vibrar, como Víctor Hugo, cuerdas desconocidas en el corazón humano; para esos retratos tiene siempre en su paleta colores de una verdad y belleza incomparables; sus novelas han producido un cambio radical en los asilos de beneficencia, en las escuelas, pensiones y colegios; el niño mártir ha encontrado en Dickens su redentor: revelando la crueldad y cinismo de los que a la sombra de la impunidad y el olvido, los dejaban morir de hambre en los hospicios, o los azotaban sin descanso en las escuelas o les imponían horribles penitencias en los colegios y pensiones, produjo una revolución completa en el sistema de educación primaria, ejerciendo de este modo

en su país la noble y saludable influencia que todo talento elevado tiene derecho a reclamar. Eco de las ideas liberales de la época en que ha vivido, ha combatido sin tregua ni descanso el poder oligárquico de su patria y los vicios de sus decantadas instituciones; el pueblo ha sido el objeto constante de sus afanes y a rehabilitarlo se han dirigido los esfuerzos de su pluma y de su genio inmortal.

Dickens al morir ha dejado un nombre al que sólo le falta la huella del tiempo para ser grande entre los grandes.

¿Y por qué esta aureola..? Porque comprendió la verdadera misión del novelista, *moralizar deleitando*.

Es indudable, que son pocas las inteligencias que pueden dedicarse a los estudios abstractos de las ciencias; y si se quiere que esos conocimientos no formen un misterioso arcano como en los tiempos de Egipto y de la India, y queden completamente perdidos para el resto de la humanidad, es necesario que haya otras inteligencias que se consagren a difundirlos, poniéndolos al alcance de los indoctos, de los indiferentes y de los ociosos.

Hoy existe un medio poderoso para propagar las ciencias, aún aquellas más repulsivas a la 'generalidad, y es el de las conferencias que se reproducen y se repiten en las grandes capitales con ese espíritu de actividad y proselitismo que distingue tanto a nuestra época. Con la conferencia se hace propaganda rápida y segura porque sólo basta el impulso natural de la curiosidad y una dosis regular de sentido común; la idea penetra y se infiltra de ese modo poco a poco en todas las clases de la sociedad, se despierta la afición a los estudios serios, se aprende involuntariamente y sin trabajo lo que se ignora, y se recuerda aquello que se tenía olvidado. Los sabios no son hoy los nigrománticos de otros tiempos, sucios oscuros e inabordables; hombres de buena sociedad, de fácil palabra y de *correcta forma literaria*, no trabajan para un círculo estrecho de iniciados, sino para toda la humanidad, su fuerza está en razón del número de sus discípulos, cuanto mayor es la esfera en que ejercen su influencia, mayor es la dignidad, el respeto y la consideración que alcanzan. Los sabios comprenden que todo hombre arrancado a la

ignorancia es un alma lanzada al porvenir, esto es, a la libertad, que todo hombre que escucha la voz de su razón, es un alma que ha roto las cadenas de la servidumbre y busca la verdad, y que todo hombre, en fin, que vea brillar delante de sus ojos la antorcha de la ciencia, hollará tarde o temprano bajo sus pies las cien cadenas de la reacción que intenta, aunque en vano, hacer retroceder el tiempo, ridiculizar la ciencia y negar la fuerza omnipotente de la razón.

Pero allí donde la conferencia no puede hacer oír su autorizada voz, penetra el libro, la novela y la poesía y, bajo seductoras formas, los dogmas sacrosantos del deber y los derechos inviolables de la humanidad.

Entiéndase, sin embargo, que al defender nosotros la presente tesis imponemos como condición indispensable que la novela sea digna de su noble misión; nosotros no defendemos ni podemos defender la novela que corrompe, destruye y mina los principios eternos de la moral, ni menos aquella que, con mentidas frases, trata de pervertir a la juventud, incitándola a echarse en brazos del vicio, cuyo cieno cubre con manto seductor. Defendemos, sí, la novela heroica, histórica, descriptiva, científica y moral que, con amena fábula, buen estilo, frase castiza e intención marcada nos recuerda los grandes hombres de la humanidad, los memorables hechos de la historia, la variada fisonomía de nuestro planeta, los adelantos de las ciencias y de las artes, los usos y costumbres de los pueblos, nuestras virtudes, en fin, y nuestros vicios, haciendo éstos odiosos y aquellas dignas de todos nuestros afanes y desvelos.

Comprendida y circunscrita de este modo, la presente tesis nos parece irrefutable en todos sus extremos.

Se dirá, tal vez, que es fácil abusar de la novela, y que, por lo mismo que es tan atractiva e incitante su lectura, el peligro crece en proporción; pero si ese argumento tuviera alguna fuerza, lo tendría respecto de la poesía, de la historia, de la pintura, de la escultura, de la música; ahora bien, a nadie se le ha ocurrido nunca proscribir la poesía porque los poetas griegos y romanos hayan hollado con frecuencia las leyes del pudor ni se ha condenado la historia porque Tácito nos revele, con la des-

nudez de la lengua latina, las orgías de los césares; ni la pintura porque existan cuadros deshonestos ni la escultura porque ofrezca sin velos grupos asquerosos ni la música porque sirva para acompañar lascivas danzas. De todo se abusa desgraciadamente en este mundo y, por lo mismo, aquí defendemos el uso lícito, no el abuso inmoral.

Fijado este importante punto, fácil nos es deducir las precisas consecuencias: Si la novela reúne las condiciones que le hemos asignado, es lógico concluir que, por su forma, se adapta más que ninguna otra composición literaria al mejoramiento moral del pueblo. Las más sanas doctrinas, si van envueltas en un lenguaje ácido y severo, si no tienen atractivo en la forma y se traducen en preceptos abstractos, no penetran en el corazón de las masas y sus efectos sólo se dejan sentir en la superficie para olvidarse al poco tiempo. Si por el contrario, la magia del verso las imprime en la memoria, y el gracejo e interés de la ficción las fija de una manera indeleble, el pueblo las convierte en apólogos, parábolas y sentencias, que reasumen luego en pocas palabras toda la sabiduría de las naciones.

Los grandes legisladores y los fundadores de todas las religiones, fieles a este principio, han propagado sus códigos de moral y sus máximas políticas con el auxilio de la parábola, del cuento y del apólogo. De este modo, sabían que sería imperecedera la impresión que producirían en la humanidad y abundante la semilla que sembraban.

Viejo es, como Horacio, aquello de enseñar deleitando y nada nuevo afirmamos al sostener nuestra tesis, porque es lo mismo que todos los preceptistas han consignado en sus diversas obras de enseñanza.

De todo lo que hemos expuesto se deduce, por último, que con la novela se difunde la afición a la lectura y, aún cuando no se obtuviera más que este solo resultado, su importancia sería inmensa para el adelanto intelectual del hombre.

La nación que lee no puede ser esclava. La base fundamental de toda tiranía está en la ignorancia de sus subordinados.

Si reflexionamos por un momento en el misterio que

encierran esos signos convencionales del pensamiento, su misma profundidad nos asombra.

La comunión de las almas se alcanza por medio de la lectura en toda su plenitud. Ni el tiempo ni la distancia ni los obstáculos ni las persecuciones, podrán nunca impedir que yo me ponga en comunicación con Pitágoras, Sócrates, Platón, Homero, Herodoto, Aristóteles, Cicerón, Dante, Descartes, Espinosa, Newton, Byron o Lamartine. El día y a la hora que yo elija, alargo el brazo, abro el libro y me habla cualquiera de estos pasados genios con la voz de su alma, que ha quedado impresa en aquellas hojas con caracteres indelebles, que subsistirán mientras la tierra rueda en el espacio y haya espíritus que animen esta frágil cubierta terrenal.

Sus ideas pasan a mi cerebro y asimilándome aquellas que me son simpáticas, alcanzo en breves horas toda la ciencia que, tal vez, costó siglos de experiencia y de ensayos penosos a varias generaciones de pacientes sabios.

Para mí no hay placer comparable al de la lectura, ni auxiliar más poderoso de la perfectibilidad y del progreso.

La lectura eleva el alma, fortifica las buenas ideas, destruye los malos instintos, modifica el fuego de las pasiones y conforta la razón, robusteciéndola. Los conocimientos se extienden, la naturaleza levanta el velo de sus misterios, y el hombre penetra con el espíritu regiones que nunca pisará su planta. La sombra que la ignorancia proyectaba sobre los principios más sencillos se desvanece como niebla que el sol deshace, el error huye avergonzado y el universo se nos aparece por primera vez bajo la forma que le diera Dios.

Con la lectura conocemos el lugar que ocupamos en la creación. La bóveda azul suspendida sobre nuestras cabezas, ya no es el cielo de cristal detrás de cuya convexidad se ocultaban antes los ángeles, sino el color que toma el aire de la atmósfera donde bebemos la vida. Ya la tierra no está fija en el centro del universo mientras los demás astros giran a su alrededor tributándole homenaje, que es el átomo de cieno que oculta sus miserias en un rincón olvidado de uno de tantos millones de mi-

llones de sistemas planetarios perdidos en la inmensidad.

Ya no hay aquello de que las estrellas, soles inmensos e infinitos, centro cada uno de infinitos mundos, fueron creadas para que nuestros ojos las contemplaran en las noches que las nubes lo permiten. Ya el Camino de Santiago no es una luz difusa que aparece en las serenas y transparentes noches para indicarnos las pisadas del apóstol, que es un conjunto de millares de soles marchando entre sí, en armónico concierto, en combinación con otros enjambres de luminares, independientes y apartados de aquellos que cruzan el éter a distancias que sólo el pensamiento se atreve a descifrar. Ya se sigue el curso de la vida en la escala gradual de sus manifestaciones desde la célula hasta el hombre, y nuestro árbol genealógico no encuentra ya grandes encomiadores, porque nuestros ascendientes se confunden con el mono.

Con la lectura cae de los ojos la venda de muchos errores, y el hombre, colocado en su verdadero y humildísimo lugar, ve, desde su pequeñez, más grande y sublime a Dios.

Si con la lectura se consiguen tantas cosas y otras mil que omito en este instante y la novela se presta a activar esa afición ¿cómo no afirmar que la novela es la forma literaria que más se adapta a la enseñanza moral del pueblo, cuando reúne las condiciones de belleza en la forma, interés en la fábula y moralidad en el plan? Si lo contrario fuera, aquellas naciones donde se da mayor culto a la poesía y a la amena literatura estarían más atrasadas moral y políticamente consideradas ¿Y sucede eso? De ningún modo: Francia, Inglaterra y Alemania marchan al frente del mundo civilizado y, aunque no en todas se escribe la novela ni se cultiva el arte dramático de la manera que nosotros lo comprendemos, es lo cierto que se lee, y lo malo con lo bueno se destruye —*similia similibus curantur*—. Desgraciado el pueblo donde se condena sistemáticamente la lectura y se asegura que el hombre es feliz con lo que de viva voz oficialmente se le enseña. Desgraciado, repetimos, el pueblo donde se cree que el libro puede condenarse y donde se respeta y aplaude semejante abominación. Al libro se le combate pero no se le asesina. La condenación indica miedo, y el que teme

no está muy seguro de la justicia de su causa. ¿Y qué resultados se obtienen con esas largas listas de procriptos donde figuran siempre en primera línea los hombres más eminentes en ciencia y virtudes de todos los pueblos y edades? Que sus obras sean más buscadas y leídas con mayor fervor; y que aún aquellas que no son dignas de ninguna celebridad, la alcancen por las mismas manos que han lanzado sobre ellas el anatema de su injusta reprobación.

El libro hoy es invulnerable y no puede destruirse; si no se imprime en este pueblo se imprime en otro; si no se vende al público se vende ocultamente, si no lo leen unos lo leen otros, y ¿creen ustedes, que dejan de leerlo los mismos que lo abominan? Paréceme verlos devorándolo en lo más oscuro de su gabinete con el mismo afán con que Eva hincó el diente en la célebre manzana.

La persecución es uno de los medios más eficaces para que un libro se lea. Dichoso aquel que ha sido prohibido.

Estamos pues íntimamente convencidos de que con la novela se puede preparar a los pueblos a lecturas más útiles y provechosas, si bien con esto no queremos decir que sean inferiores esos estudios de la fantasía a otras manifestaciones de la inteligencia. También creemos que con la novela se puede inculcar y generalizar con mejor éxito todos los principios de moral que han sobrenadado siempre sobre todas las revoluciones humanas, y que, afortunadamente, van depurándose hoy de día en día. Y, por último, estamos persuadidos de que la novela, como hija querida de la poesía, ennoblecerá todo lo que toque, si está dignamente escrita, y comunicará al hombre el deseo de imitar los ejemplos que le ofrezca en el terreno del bien y de apartarse de los que le presente en el terreno del mal.

Se dice comúnmente, que el que se acostumbra a leer novelas no lee después otra cosa, y yo digo, que si hay alguien que tal cosa le suceda, es porque no está llamado a elevarse más allá en la escala del saber y añado que, para que nunca hubiese leído ni hubiese hojeado jamás un libro, vale más que lea una novela.

Otros, que son los más, las miran con desdén creyendo que nada bueno han de encontrar en ellas. Entre esos hay algunos que no leen novelas, poesías, ni cosa alguna que tenga forma literaria, no porque en el fondo tengan formado sobre ello una opinión fija, sino porque carecen de sentido estético.

A esos desgraciados les falta un sentido y yo los comparo con aquellos para quienes no hay diferencia entre una sonata de Beethoven y el ruido de un tambor o entre un lienzo de Rafael y una muestra de barbería. Otros las difaman por darse importancia: "—No tengo tiempo, dicen, para ocuparme de esas bagatelas—" y llaman bagatelas a las obras maestras de Scott, Cooper, Byron, Dickens, Lamartine y Hugo. Esos son los mismos que se creen hombres de ciencia, porque se han dedicado exclusivamente a un ramo del saber, cuyo título han obtenido, sin comprender que hoy están las ciencias tan relacionadas entre sí, que aquel que por ser jurisconsulto sólo sabe de leyes, y el que es médico, medicina, y el que es ingeniero, matemáticas, sin conocer la historia, la filosofía y la literatura en general, hará siempre un papel muy desairado donde quiera que se atreva a presentarse.

El saber no ocupa hueco; de todo es bueno saber un poco, y nada debe desdeñarse, especialmente cuando se habla de lo que no se conoce y de lo que está respetado en otros países que valen más que el nuestro.

Por último, la novela contribuye poderosamente, como ya hemos repetido con insistencia, a difundir el gusto por la lectura y, aunque no la consideráramos más que bajo ese aspecto, sería suficiente para colocarla a una altura respetable entre otras producciones del ingenio humano.

* * *

Aquellos que todavía tienen fe en los destinos de la humanidad y para quienes no son sueños las mágicas palabras de Dios, alma, inmortalidad, ciencia, libertad, progreso; aquellos que todavía sienten latir su corazón con el relato de una acción heroica y tienden su mano al desgraciado, y se afanan por legar a su familia, a su patria y al mundo un nombre puro y sin manchilla; aquellos

que, obreros del pensamiento, creen que la lectura es el único medio de arrancar al pueblo de los lazos de la ignorancia y del embrutecimiento y prepararlo para un porvenir mejor; aquellos, en fin, que tienen la firme convicción de que en el mundo invisible que nos rodea se opera sin descanso un trabajo de ascensión lento y continuo en el orden intelectual y moral; para esos que unos llaman poetas, otros, visionarios y otros, locos, pero a quienes yo llamo mártires sublimes, para esos, la lectura es el signo de la redención del alma.

Aceptemos todo lo que nos acerque al libro, porque el libro es el lábaro de toda libertad.

Todo hombre a quien se enseña a leer, es un soldado que se arranca de las filas de la reacción. El día en que todos lean, ni habrá fanáticos ni esclavos, porque todos harán uso de su razón y comprenderán, en cuanto pueda alcanzar la humana ciencia, los misteriosos arcanos de la creación, sin necesitar de tutor que dirija sus pasos en la tierra ni de intérprete que les enseñe a Dios en el cielo.

AGUSTÍN MILLARES TORRES

NOTA: Discurso leído por Agustín Millares Torres el 29 de noviembre de 1874 bajo el título: *La novela es la forma literaria que más se adapta a la enseñanza moral del pueblo, a propagar la ilustración y a difundir la cultura.*